



✠ Pantocrator de San Clemente de Taüll ✠

románico español, finales siglo XII

Durante el primer milenio adquiere especial significado la figura mayestática de Cristo en el ábside del templo, desde donde el Señor Resucitado preside la congregación eucarística.

Evoca, en primer término, aquella presencia del Señor que la teología más reciente denomina “presencia actual o actuante”: una presencia que se extiende a la celebración eucarística entera y que es base y fuente de la presencia real somática en los dones. Esta presencia actuante encuentra su mejor expresión litúrgica en la fórmula repetida: “El Señor (está) con vosotros”. Él, el Señor Resucitado, está presente como el verdadero Anfitrión, que invita y preside el convite ya desde su inicio: Suya es la Palabra que escuchamos y el Don que recibimos: un Don proveniente de un Dador que acaba dándose a Sí mismo.

Por Su presencia “real actuante” Cristo es el Mediador entre el Padre y nosotros, el verdadero y único Sumo Sacerdote, que nos conduce al Padre. Esta presencia del Mediador, que acompaña todo el desarrollo de la celebración eucarística, es la que viene acertadamente expresada por la figura de Cristo que, desde el ábside, preside la comunidad celebrante. Una presencia misteriosa que, como señala el Pseudo Dionisio, parece recobrar vida y dinamismo al ser iluminada por la luz rutilante de los cirios. Por otra parte esta presencia y “presidencia” del Kyrios nos recuerda también que la función del ministro ordenado que preside en la cátedra o en el altar, no es otra que la del ser portavoz del único Sumo Sacerdote, pues la actuación del ministro adquiere sentido y validez en cuanto se halla “respaldada”, es decir, sustentada por Alguien que se encuentra a sus espaldas, por la presencia de Aquel, del que el ministro es siempre “representante” y nunca “substituto”. Así se muestra como en realidad Cristo, el Viviente por antonomasia, es el que habla y actúa a través del ministro, que le presta su voz o su gesto. De este modo los fieles perciben casi visualmente, por una parte, la prevalencia de la presencia misteriosa, pero real de su Señor, verdadero protagonista de la celebración (y cuya “viva voz” resuena especialmente en el Evangelio); y, por otra, la función de “representación” ejercida por el ministro como el eco que debe reflejar la Palabra y el gesto salvador del Cristo en Majestad.

Manuel Gesteira Garza

La Eucaristía: El Misterio y los Símbolos



“Estremece pensar en lo que suponía para los habitantes de un universo pardo, oscuro, de espacios reducidos y mal ventilados, el ingreso en el templo. El uso de la piedra, la altura de las naves, el cierre abovedado, el uso de colores y tejidos desconocidos, y la luz... sobre todo la luz... el olor de la cera quemándose, el aceite ardiendo, el centellear de los pabilos, el fulgor de oros, metales y púrpuras.

*“Ego sum Lux Mundi”*... en aquella cabecera en la que se abría una ventana orientada al nacimiento del sol...

*“Ego sum Lux Mundi”* sobre el altar en el que ardía la cera limpia de la perfección...

*“Ego sum Lux Mundi”, y era verdad...*”

Gerardo Díaz Quirós